

Alberto Moravia

Pavese decadente

Clásicos
de la crítica

Crítica
de los clásicos

He leído en estos días, por primera vez, *Il mestiere di vivere* de Cesare Pavese. Es un libro penoso; y esta pena, si bien se mira, procede sobre todo de la combinación singular de un dolor constante, profundo y acerbo, con los caracteres mezquinos, solitarios y casi delirantes de un literato de oficio. Por un lado, este dolor, que en Pavese tenía motivos concretos y, por desgracia, irremediables; por el otro lado, una vanidad infantil, desmedida, megalómana ("Año sumamente serio, de definitivo y seguro trabajo, de ganada posición técnica y material. Dos novelas. Años de gestación. Dictador editorial. Reconocido por todos como un gran hombre y un hombre bueno... Recensión de Cecchi, recensión de De Robertis, recensión de Cajumi. Te han consagrado los grandes maestros de ceremonias. Te dicen: tienes cuarenta años y has triunfado, eres el mejor de tu generación, pasarás a la historia..."); una envidia también infantil ("¿La fama americana de Vittorini te ha infundido envidia? No. Yo no tengo prisa. Lo venceré en duración"); una malhumorada falta de generosidad y caridad para con amigos y compañeros ("Muchos, quizá todos, muestran la hilacha, descubren la resquebrajadura... inclusive los nuevos"); una creencia ingenua, inexplicable, en la literatura como sociedad, como hecho social, no obstante darse aires de despreciarla ("Este viaje parece ser mi mayor triunfo. Premio mundano... En Roma: apoteosis. ¿Y con esto?"); un esteticismo insanable aun en punto de muerte ("No palabras. Un gesto. No escribiré más"). Estos caracteres de Pavese se ven en su justa luz si, dejando de lado toda cuestión de cualidades, comparamos *Il mestiere di vivere* con el *Zibaldone* de Leopardi. También Leopardi, además de ser poeta, era literato. Pero en Leopardi la poesía y la vida se comunicaban y se equilibraban y se purificaban recíprocamente. En Pavese, en cambio, antes que todo, y tan sólo, está el literato, así en la vida como en la obra. Y aquel dolor que, como hemos dicho, no parece encontrar expresión en la vida ni en la obra, permanece sin desahogo de acción y sin purificación poética, y finalmente lo lleva al suicidio.

De la lectura del *Diario* y, después, de los libros, se recaba la impresión de que, todo sumado, las ideas de Pavese son más importantes que su obra. Esta sufre de cierta literariedad, nunca feliz ni resuelta en poesía, parecida a un humanismo al revés. El esfuerzo de Pavese, que tendió sobre todo a la creación de un lenguaje hablado, directo, inmediato, todo acción, parece haber fracasado principalmente por no haber entendido bien los límites y la naturaleza de semejante lenguaje. En efecto, un escritor puede fundir su cultura y su inspiración en el lenguaje literario, culto, de su tiempo (como por lo general hicieron todos los grandes narradores del pasado), o bien puede transferirse a un personaje-pantalla, a una voz, a un "yo" enteramente popular, como, para indicar sólo pocos nombres, hicieron



Verga (tercera persona), y Belli y Porta (primera persona). Pero lo que no puede absolutamente hacer es fundir su propia experiencia y su propia psicología de hombre culto (en el caso de Pavese, cultura de origen decadentista e irracionalista) en el lenguaje popular. Y ello porque el lenguaje popular es tal no porque emplea modos de decir coloquiales y dialectales, sino principalmente porque con esos modos expresa una concepción de la vida y de los valores, tradicional, amarrada al sentido común, estrechamente limitada y terminada por las necesidades naturales y prácticas: que es como decir nada decadente e irracional. El lenguaje popular, en otros términos, antes que expresar un mundo que está fuera de la historia, como creía Pavese, expresa un mundo en el que la historia ya muerta y apartada de sus motivos éticos ha podido convertirse en hábito, costumbre, proverbio, cordura y también —¿por qué no?— cinismo y escepticismo. En cambio Pavese, persiguiendo la idea nietzscheana y decadente del mito, intentó la operación imposible de hacer decir por personajes populares, con un lenguaje popular, las cosas que le interesaban a él, hombre culto, de psicología y experiencias decadentes. Es curioso observar cómo, siguiendo por este camino, Pavese tenía que encontrarse forzosamente con la experiencia dannunziana ("tu claridad: las Geórgicas, D'Annunzio, la colina del Pino"). Sólo que D'Annunzio, decadente consciente, nunca trató de transferirse a un personaje popular que hablase en lenguaje dialectal: escribió en forma áulica, con el idioma de la cultura, como correspondía. Verga, que no era decadente, y que no buscaba el mito sino las razones reales de la vida y de la poesía, en cambio, escribió el lenguaje popular y casi dialectal.

Como he dicho, las ideas de Pavese son más importantes que sus libros; pero son ideas de crítico



y literato, o sea reflexiones *sobre* obras y *después* de obras, no *para* las obras y *antes* de las obras. En otras palabras, nunca pueden inspirar obras muy distintas de aquellas de las cuales recaban inspiración: nacen, pongamos, del enamoramiento del logos herodoteo, pero van a parar a un neonaturalismo dialectal. Son, substancialmente, las ideas del decadentismo europeo, de Nietzsche y otros, en nombre de las cuales se idealizaba, erróneamente, un tiempo que jamás existió, en el que se supone que los hombres obraran por motivos irracionales, tomando así por irracionalidad lo que era, en su momento, la única racionalidad posible. Son las ideas no solamente de Nietzsche, sino también de D'Annunzio, de Lawrence y de tantos otros, revitalizadas mediante la lectura de libros de etnología y mediante una interpretación tendenciosa de la literatura clásica americana. En resumen, Pavese propone echar por la borda la cultura y la historia y afrontar la realidad como si fuera algo que no conocemos y que tampoco queremos conocer, o sea a la manera mitológica, a la manera que los decadentes atribuyen a los arcaicos, a los primitivos, a los negros y al pueblo. Como se ve, se trata de las mismas preocupaciones anticulturales que constituyen el origen de todos los movimientos de extrema cultura de vanguardia que hemos tenido en Europa durante los últimos cincuenta años: decadentismos, negrismos, neoprimitivismos, surrealismo, etcétera, etcétera. Digamos de paso que este exasperado irracionalismo y antihistoricismo son lo más opuesto y hostil que puede haber al comunismo y al arte tal como lo concibe el comunismo. Así, la conversión de Pavese al comunismo cobra el carácter de una transmutación o de un intento de transmutación de una suma de valores negativos (decadentistas) en uno solo que se cree positivo. No es una operación nueva en la

cultura italiana: del decadentismo transmutado en patriotismo (D'Annunzio) llegamos al decadentismo transmutado en comunismo (Pavese), pero no cambian los modos de la operación.

Las ideas y la obra de Pavese tienen hoy en Italia numerosos secuaces e imitadores. El resultado bastante curioso es que todos estos epígonos neorrealistas, no siendo por lo general hombres de cultura ni bebiendo directamente en las fuentes del decadentismo, como Pavese; en suma, no habiendo sufrido intelectual y humanamente el drama de Pavese, sino encontrándolo ya resuelto o aparentemente resuelto en sus libros, han llegado a fórmulas narrativas que el mismo Pavese, que era hombre dotado de gusto y de rigor intelectual, repudiaría sin duda alguna. Se busca lo inmediato, el mito, el encuentro con la realidad sin diafragmas culturales, el documento poético; pero, en cambio, se cae en un naturalismo unidimensional, sin fondo de cultura o de pensamiento, cuando no, sin más, en el boceto dialectal y provinciano. Parece ser éste un destino muy común en la cultura y literatura italiana: por uno que sufre verdaderamente su drama, que se remonta a los orígenes y que lee libros, mil que se atienen a los resultados de ese uno y adoptan pasivamente sus modalidades estéticas y aplican maquinalmente su método. Sin duda, entre estos imitadores de Pavese, se cuentan los que mañana, a través de cambios, reelaboraciones y esfuerzos, lograrán mostrar una fisonomía propia y autónoma pero, por ahora, se tiene la impresión de una literatura amanerada, toda igual, en la que se manifiesta la literatura más literaria que existe en el mundo, o sea la literatura antiliteraria. Además, la fortuna de Pavese se debe al hecho de que ofrece a sus imitadores un modelo fuertemente estilizado, o sea, dicho en palabras simples, prefabricado. No se necesita mucho esfuerzo para ajustarse a semejante modelo; tanto más si le acompaña la siempre tentadora invitación (tentadora particularmente en Italia) de deshacerse sin escrúpulos de la razón.

En *Il mestiere di vivere*, escribe Pavese: "El tuyo es un clasicismo rústico, que fácilmente se convierte en etnografía prehistórica". Esto era lo que Pavese pensaba de sí mismo; pero nosotros sabemos que no se ha de juzgar a los hombres por lo que creen o quieren ser, sino por lo que realmente son. Y que toda autodefinición tiene un significado ignoto para quien se autodefine. Pavese se autodefinía clásico rústico; en realidad, era un decadente provinciano. Probablemente, Melville, a quien Pavese tanto admiraba, hubiera dado de sí una definición ingenuamente moral y literaria, opuesta a la de Pavese, tan culta y tan crítica. Pero Melville creó el mito de la ballena blanca precisamente porque no estaba en su intención inventarlo. Pavese persiguió toda su vida el mito, con la intención de alcanzarlo, y no lo logró.

(1954)